

**Peronismo y populismo.  
Una nueva propuesta de interpretación**

Emilio de IPOLA

Universidad Nacional de Buenos Aires

Working Paper n.35

Barcelona 1991

Este texto es en buena medida el producto de la convergencia de tres factores: i) un primer examen, no exhaustivo sino razonablemente amplio, de las principales interpretaciones del peronismo (1); ii) interior a ese examen, una relectura específicamente centrada en los trabajos de Ernesto Laclau sobre el populismo, relectura motivada por la convicción de que dichos trabajos inician un tipo de reflexión a mi parecer muy sugerente, más allá de desacuerdos puntuales con algunas de sus tesis; iii) en tercer y último lugar, la vivencia, obviamente incompleta pero ya significativa, de un hecho mucho menos académico que los precedentes: la gestión del actual gobierno peronista presidido por Carlos Saúl Menem.

El balance de las interpretaciones del peronismo antes mencionado analizaba un conjunto de teorías acerca de ese fenómeno, conjunto que, aunque parcial, pretendía no ser arbitrario, en la medida en que comprendía:

a) interpretaciones globales del peronismo -y no intentos de aclarar aspectos parciales del mismo;

b) interpretaciones que habían tenido amplio eco y suscitado comentarios (no necesariamente positivos) entre los científicos sociales, y, de manera directa o indirecta, los políticos mismos;

c) en fin, punto éste cuya relevancia espero poder mostrar más adelante, interpretaciones que enfatizaban desde el punto de vista descriptivo o explicativo una determinada dimensión, diferente en cada caso, del fenómeno peronista.

Ahora bien, en el momento de intentar ese balance, mi preocupación principal podría ser resumida con aceptable fidelidad como la discusión del dilema -referido al peronismo- "ruptura versus continuidad", dilema que, por lo demás, también interesaba a los autores escogidos (2). Anticipo las conclusiones a las cuales llegué y que, someramente expuestas, se reducen a dos tesis:

1) por una parte, las interpretaciones guardan entre ellas relaciones de discontinuidad ("ruptura") que se manifiestan en los marcos teóricos utilizados por cada una, en las tesis principales que sostienen y también en el recorte que hacen del objeto "peronismo".

2) por otra parte, esa discontinuidad teórica entre dichos enfoques tiende a estar acompañada por un sesgo interpretativo que acuerda creciente vigor a tesis que afirman la existencia de lazos de continuidad histórica entre el peronismo y la etapa que precedió a su surgimiento. Correlativamente se redimensiona, por así decir, la tesis opuesta según la cual el peronismo representaría una ruptura profunda en la historia social y política argentina.

Con modalidades y matices diferentes, y optando siempre por otorgar preeminencia a un aspecto del fenómeno peronista (lo político, en el caso de Ramos y de Germani; lo social, en el de Murmis y Portantiero; lo ideológico, en el de Laclau), las interpretaciones de referencia convergen, más allá de sus

desacuerdos casi siempre profundos (3), en afirmar la presencia de rasgos anticipatorios de lo que sería luego el peronismo en regímenes que lo precedieron y en destacar, ya los aspectos populistas de los liderazgos políticos en zonas rurales y, en general del interior del país (de donde provino lo esencial de las capas obreras que adhirieron más tempranamente al peronismo); ya la antigua predisposición de los sindicatos a negociar con el estado y los partidos políticos una forma de gobierno que satisficiera, aún parcialmente, sus intereses; ya, por último, las modalidades bajo las cuales el régimen peronista logró articular con éxito elementos ideológicos dispersos, pero, por la misma razón, preexistentes en la cultura política argentina. En suma, se trataba en todas esas teorizaciones -a veces, con especial énfasis- de señalar rasgos de identidad, allí donde desde siempre se había creído comprobar una diferencia.

Lo dicho hasta ahora concierne a las interpretaciones en su conjunto, sin hacer mayores distinciones formales entre ellas. Es tiempo ya de justificar el interés privilegiado que concedí al comienzo de este trabajo a las tesis de Ernesto Laclau. Ese interés no radica sino secundariamente en su caracterización de los populismos -y por ende del peronista- como un fenómeno de naturaleza ideológica, aun si esta circunstancia no carece de significación con respecto al problema al cual intento aquí aproximarme. Radica principalmente en el hecho de que Laclau es quien lleva más lejos, con mayor coherencia y mejores argumentos, un tipo de enfoque con arreglo al cual se torna cada vez más dificultoso, hasta rozar la imposibilidad, definir al peronismo -y, en general, a los populismos- en términos de contenidos positivos que harían, o bien a sus bases sociales, o bien a sus orientaciones políticas, o bien al nivel de desarrollo económico alcanzado por el país donde una experiencia populista tiene lugar. Al "confinarlo" al plano estricto de lo ideológico, Laclau consume una doble operación: i) rescata una cierta especificidad que sería inherente a los populismos, pero al precio de reducirla a la dimensión históricamente más maleable de los movimientos políticos de Occidente (4), esto es, la ideológica; ii) reforzando lo anterior, esa misma dimensión ideológica es definida de tal modo que no compromete a ningún contenido diferenciado e identificable: en lo ideológico populista se trata pura y simplemente de la mise en scène de un antagonismo que opone de manera irreductible las "interpelaciones popular-democráticas" a la ideología "dominante".

Abandonemos sin embargo el terreno teórico, para abordar otro que, si no más real que aquél, es sin duda más cercano: me refiero al peronismo de hoy, encarnado eminentemente en el gobierno del doctor Menem (5). Gobierno que, habiendo asumido hace menos de un año, ha dado pruebas, en lo inmediato, de una notable audacia sobre la que, siguiendo la línea del tema que estoy procurando ceñir, vale la pena interrogarse. En efecto, en un lapso de diez meses, Menem:

Ignoró sin contemplaciones y con admirable aplomo cada una de las (pocas) promesas explícitas y de las (muchas y más significativas) promesas implícitas que, en su papel de candidato, había formulado o encarnado durante la campaña electoral. Habla prometido explícitamente un fuerte y rápido

aumento del salario real y un no menos vigoroso y urgente incremento de la producción industrial -y, en general, de la actividad económica-. Al asumir el gobierno "prometió", en cambio, un "ajuste durísimo", que se tradujo rápidamente en una brusca caída de los salarios, en una inflación que superó en varias ocasiones el 50% mensual, y llegó en marzo de 1990 a la cifra del 95% y en un cuadro recesivo inédito.

Por otra parte, es sabido que todo partido político con una prolongada y definida tradición expresa, ló quiera o no -sobre todo en la lucha electoral-, ciertas promesas implícitas, connotadas por su actuación histórica, sus constantes doctrinarias o, al menos, sus símbolos de reconocimiento más reiterados y notorios. Me refiero en este caso especialmente a las expectativas distribucionistas generadas por el simple hecho de que el peronismo clásico -el de Perón-, no menos que el no tan clásico de su esposa, María Estela Martínez, ha sido sistemáticamente asociado, en lo imaginario popular, a políticas que llevaban ese signo (6). Lo dicho acerca de la tasa mensual de inflación, a lo que hay que agregar la orientación que ha asumido, desde sus comienzos, la gestión de Menem, me exime de comentarios sobre el destino de estas promesas implícitas.

. En segundo lugar, y no sin relación con lo anterior, entre los hechos que la imaginación popular podía esperar que ocurrieran, uno parecía descartable por principio: la coalición política e ideológica con el neoconservadurismo autodenominado "liberal". Sin embargo, esa insospechada alternativa fue la escogida 'por Menem. La sociedad argentina observó al comienzo con extrañeza, poco más tarde con asombro y luego con alarma, las muchas novedades que tal alianza conllevó en lo inmediato. Uno de los principales colaboradores de Menem, el hasta hoy Ministro de Trabajo Jorge Triaca, declaró desde el comienzo de la nueva administración, que el objetivo a alcanzar era "la reconstrucción del capitalismo argentino" y que esta faena sería llevada a cabo "por un nuevo bloque de poder social, político, económico y tal vez hasta militar que está naciendo".

Aclaro inmediatamente, haciendo a la vez una breve digresión, que esta declaración no me parece en sí misma ni muy inquietante ni muy novedosa. Por otra parte, no es un secreto que el tema de la reconversión del capitalismo ha sido explícitamente planteado sobre la mesa del debate académico y en la arena del debate político argentino y latinoamericano de los últimos años (7). Lo que llamaré, sin entrar en detalles, la izquierda democrática de esos países se ha abocado desde ya tiempo a un reexamen de las formas perversas bajo las cuales se planteó históricamente en América Latina (y, agrego, particularmente en Argentina) la relación entre capitalismo y estado en las últimas décadas. Hoy en día, sanear el estado y también el capital privado prebendalista, eliminar el déficit fiscal, llevar a cabo una reforma tributaria profunda y eficaz en sus resultados, privatizar lo que pueda y deba ser privatizado, son medidas de elemental sentido común que nadie discute (8). Pero igualmente, nadie discute que la recomposición del capitalismo a que se aspira conlleva una cierta y determinada concepción de los acuerdos entre poder político y, digamos, poderes económicos y sociales, ni tampoco que ambos (reconstrucción del capitalismo y fuerzas que lo

impulsan) implican un no menos cierto y determinado proyecto de sociedad, el cual, obviamente, puede ser objeto de controversia. Una cosa es reconocer ciertos hechos "duros", de carácter estructural, relativos a la crisis económica, actualizar nuestra visión acerca de la manera de si no resolver, al menos "ir saliendo" de la crisis, resituarse a nuestros países con relación a un mundo desarrollado que, hasta en sus expresiones más modestas, se aleja vertiginosamente de nosotros. Otra cosa es concluir apresurada e inapeñablemente que hay una sola cirugía practicable y un solo médico para curar o mejorar al enfermo y que todo eso pasa por allanarse a todas y cada una de las demandas de los grandes grupos económicos y entregar la conducción económica -que nunca es sólo económica- del país a los llama dos "capitanes de la industria", los "formadores de precios", o como quiera llamarse a quienes en el fondo sólo sueñan con construir un capitalismo a la Pinochet (e incluso, si es necesario, con una versión autóctona de Pinochet en el timón de la cosa pública). Así, de la crónica del ajuste anunciado quedaría, a suponer que tenga éxito en el mediano o largo plazo, un país exportador, con tasas de inflación sudamericanamente tolerables, pero con alta desocupación y subocupación y bajos salarios; un mercado interno "libre", con una extrema polarización social, simbólicamente compensado por un asistencialismo filantrópico, versión daguerrotípica de las primeras manifestaciones del Welfare State.

Sin embargo dicho esto, nada más lejos de mi intención que dedicarme, en este texto, a enjuiciar la gestión de Menem. Si esta última despierta mi interés, ello obedece al hecho de que lleva hasta extremos inéditos, en el terreno político, la difuminación del peronismo a la que, más bien involuntariamente, contribuyeron, en el terreno teórico, los especialistas sobre el tema a que hice antes referencia.

Digo sin embargo "lleva hasta extremos inéditos" -y no "inicia"- para que quede claro que, en mi opinión al menos, si la heterodoxia de Menem es generosa, no por ello es pionera. En efecto, si en el plano declarativo el peronismo ha tendido a autopresentarse a menudo -no siempre- y a ser percibido como un movimiento antiliberal, nacionalista, prosindicalista, distribucionista y, siquiera sea verbalmente, "antioligárquico", en el de las políticas efectivas que adoptó durante los aproximadamente doce años -sin contar a Menem en que gobernó la Argentina, hizo gala de una flexibilidad tal que, ya con mucha anterioridad a la actual gestión, atribuirle alguno de esos epítetos como un rasgo constitutivo de su manera de ser y/o gobernar hubiera sido injusto. El antiliberalismo no fue óbice para que Perón omitiera con énfasis el menor retoque a la versión canónica (=liberal) de la historia argentina enseñada en las escuelas y celebrada en los calendarios, ni para que bautizara a los ferrocarriles sustraídos, vía onerosa adquisición, al imperialismo británico, con los ilustres nombres de los más conspicuos próceres liberales: Bartolomé Mitre, Julio A. Roca, Domingo F. Sarmiento. El nacionalismo no impidió ni las concesiones petroleras a la Standard Oil -luego anuladas por un gobierno de facto-, ni el elogio y llamado a las compañías multinacionales, ni el apoyo político a los Estados Unidos toda vez que fue necesario a nivel internacional; el prosindicalismo y la ideología distribucionista tampoco pusieron coto al llamado "rodrigazo" ni pudieron evitar el hecho, entonces sin precedentes, de

que la Confederación General del Trabajo (central única y peronista de trabajadores) llevara a cabo en 1975 una huelga general contra la política de su propio gobierno; en fin, el mensaje antioligárquico nunca alcanzó para lesionar, siquiera sea mínimamente, los intereses de la oligarquía (9).

No obstante estos antecedentes, queda en pie que Menem fue, por así decir, más lejos que ningún otro. En efecto, al margen de la flexibilidad política del primer y segundo peronismo, al margen incluso de su orfandad doctrinaria -que llevó al propio Perón, a comienzos de los 50, a encomendar su fabricación a un grupo de especialistas-, al margen en fin de sus cambiantes posiciones, justificables en parte por las también cambiantes coyunturas históricas, algo había permanecido intacto hasta ahora en el peronismo. Me refiero específicamente a un conjunto no organizado, y, a la vez, ritualizado de signos de identidad, de gestos de reconocimiento, de actitudes y de normas implícitas y también de símbolos explícitos en los cuales, no siempre conscientemente, todo peronista se reconocía a sí mismo en tanto peronista, reconocía a sus pares, a sus enemigos e incluso a alters ajenos al campo de las coincidencias y las disputas (por ejemplo, los intelectuales, los extranjeros, los militares, etc.). Podríamos llamarlo, globalmente hablando, el elemento específicamente "popular" del peronismo, elemento' a la vez indefinible y omnipresente, estilo sin reglas pero siempre reconocible, conjunto abierto de actitudes, de gestos: sentido común.

Importa destacar de entrada que Menem no elimina ni rompe con ese, digamos, "peronismo básico". Simplemente, con una maniobra apenas perceptible y sutil, en la que su propia identidad aparece parcialmente comprometida, modifica su estatuto. Dicho rápidamente, el elemento "popular" deja de ser espontáneo, para tornarse objeto de cálculo, pieza en un tablero, recurso siempre disponible. En Menem, como hasta cierto punto, en determinados momentos de la vida pública de Eva Perón, lo popular y lo "oligárquico" coadyuvan para, crear una imagen positiva de su soporte. Jugar al fútbol con Maradona y compartir un cocktail con la oligarca Amalia Lacroze de Fortabat (del mismo modo que dar el puntapié inicial en un campeonato juvenil y asistir a las tradicionales veladas de etiqueta del Teatro Colón) son actitudes en parte diferenciables, porque Eva Perón no "jugaba" con ellas, y en parte equivalentes.

Esta sumatoria bastante heterogénea de discursos teóricos y de un fenómeno político, de no mediar -diría- alguna reflexión suplementaria, parecería cerrarse con un extraño saldo. En efecto, las conclusiones que de la consideración conjunta de las interpretaciones del peronismo y del "síndrome Menem" se impondrían deberían inclinarnos hacia una redefinición del objeto inicialmente tematizado. La necesidad de tal redefinición surgiría ya del examen de las interpretaciones y de sus consecuencias en términos de periodización: en todos los casos, para comprender al peronismo habría que internarse diez o quince años en el preperonismo; habría que enfocar un período que arrancaría alrededor de 1930 y llegaría, por lo menos, hasta 1945.

Pero, por otra parte, si a este cambio de perspectiva temporal requerido por la lógica de las interpretaciones le añadimos los avatares más

recientes de la política menemista, el caso, por así decir, se agrava y da lugar a un difícil interrogante, a saber: ¿hemos de remontarnos hacia un pasado relativamente distante y, a la vez, examinar el presente más cercano con el solo resultado posible y deseable de comprender mejor el fenómeno peronista -el cual, de este modo, conservaría su especificidad y su consistencia-?. ¿O, al contrario, esa doble convocatoria a lo anterior y a lo actual nos conduce sin quererlo, más allá de lo aparente y de nuestras propias convicciones y creencias, a la conclusión de que es necesario construir un objeto de análisis diferente de aquel que habíamos inicialmente interrogado, un objeto que no explica, ni incluye en un panorama más amplio, a aquel del cual partimos, sino que pone al descubierto su no pertinencia, su falta de referente en lo real?. ¿Se deberá en suma concluir increíblemente que ese populismo cuya naturaleza queríamos capturar no es mucho más que un objeto alucinatorio, una ilusión de nuestra percepción en tanto actores sociales? En la respuesta que intentaré dar a esa pregunta consiste la prometida hipótesis enunciada en el título de este trabajo.

Supongamos que el peronismo haya sido (y continúe siendo) un dispositivo político, destinado a (o funcionando de tal modo) (a) ocupar "lugares" de poder preexistentes, (b) engendrar -y ocupar- otros lugares (10), si fuera necesario y, (c) si también lo fuera, de abolir o neutralizar otros (11). Tal dispositivo no tendría otro efecto esperado o, si se quiere, otra razón de ser, que la de instaurar y consolidar una estructura muy amplia -de alcance, por lo menos, "nacional"-, sólida y a la vez flexible, destinada a la adquisición, el mantenimiento y el ejercicio del poder político (12). Consolidarla y perpetuarla, sin comprometerse, salvo circunstancial y pragmáticamente, con ninguna estrategia política ni con ningún sistema ideológico determinado (13).

Veamos que podría falsear o deteriorar seriamente a esta hipótesis. Por mi parte, tengo la convicción de que las principales, y más interesantes, objeciones provienen, no de su carácter "formal" y por ello presuntamente ciego a la riqueza de contenidos del peronismo, sino más bien de su, en principio, excesiva generalidad. No sería, pienso, que aprieta poco, sino que abarca mucho. Examinemos pues, ante todo, este punto.

En tal sentido, podría señalarse que, ya sea los grandes partidos totalitarios de extrema derecha o de izquierda (el nazi, el fascista, el comunista soviético de Stalin o Brezhnev), ya los partidos socialdemócratas de Occidente, ya, en fin, el Partido Demócrata y el Republicano de los Estados Unidos, reúnen características similares. A lo que responderé, breve y ordenadamente, por una parte, que lo que distingue cualitativamente al peronismo de los partidos totalitarios es al plus de encuadramiento ideológico y político que caracteriza a los primeros y el minumum de ideología inherente a los segundos. La característica de los partidos totalitarios no es la aspiración a conformar ni mucho menos a influir a un cierto tipo de "ciudadano", sino la de crear un cierto tipo de "persona", de ser humano: un hombre nuevo. El peronismo (14) no aspira a tanto: se contenta con recoger, ampliar y consolidar adhesiones. El tipo de funcionamiento clientelístico que lo caracteriza, y que ha heredado en línea directa de la Unión Cívica Radical, el otro gran partido político argentino (y que, no por azar, es considerado afín, en muchos aspectos, al peronismo)

conviene admirablemente a sus objetivos. Con respecto a las socialdemocracias europeas y a los partidos norteamericanos, por el contrario, es el hecho de conformar su funcionamiento no sólo a la búsqueda del poder político (y esto establecería ya distinciones "metodológicas", dado que el peronismo no está atado por principio a las formas democráticas), sino al logro o al refuerzo de un conjunto, por cierto restringido pero invariable en un plazo razonablemente largo, de determinados principios. El Partido Socialista Francés, el PSOE, el P.C.I., pueden actualizar y modernizar sus ideas, su estructura y sus mecanismos de funcionamiento. No pueden renegar absolutamente, y deben al contrario afirmar y diferenciar de manera constante, la identidad que los definió originariamente como partidos con una fisonomía propias.

La hipótesis que he enunciado admite matices y, por supuesto, discusión. De todos modos, no deja de complacerme la idea de que un movimiento político que se ha caracterizado por predicar constantemente el primado de los contenidos sobre las formas y de lo concreto sobre lo abstracto sólo pueda ser definido unívocamente en términos formales y abstractos.



## NOTAS

- (1) DE IPOLA, Emilio: "Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", en Desarrollo Económico, vol. 29, nº 115, Buenos Aires, octubre/diciembre de 1989.
- (2) Dichos autores son Jorge Abelardo Ramos, Gino Germani, Torcuato di Tella, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, además del ya citado Ernesto Laclau.
- (3) Desacuerdos explicables por las divergentes opciones teóricas de los autores, por sus no menos divergentes posiciones políticas y también por el hecho de que, surgidas en diferentes momentos y coyunturas históricas, las interpretaciones en cuestión tendieron a adoptar, casi inevitablemente, una actitud polémica. Dicho rápidamente, cada una de ellas adquiriría sentido en la medida en que lograba distanciarse lo más nítidamente posible de la precedente.
- (4) Excepto en el caso del nazismo y del stalinismo, y, en menor medida de los movimientos de extrema derecha o de extrema izquierda, es decir, de fuerzas políticas sustentadas en ideologías con sintaxis "fuertes".
- 1
- (5) Preveo aquí la objeción: "el gobierno de Menem no es auténticamente peronista". En lo que sigue trataré de mostrar que esa objeción no es, en el sentido estricto de la palabra, errónea, sino simplemente carente de sentido.
- (6) El anuncio del "salariazó", formulado aún antes del comienzo de la campaña electoral, se inscribe por cierto en esa tradición percibida como distribucionista, de lo que cabría concluir que se trata en este caso de una promesa explícita. Lo que importa, sin embargo, no es el hecho de que una promesa sea o no formulada, sino el de que, aún sin serlo, se la considera como constitutiva del programa peronista y se espera que sea cumplida.
- (7) En la Argentina, ese planteamiento, a veces infructuoso, de dicho problema en la agenda pública local fue uno de los méritos del gobierno de Raúl Alfonsín.
- (8) Por cierto, hay quienes se oponen a ellas con resuelta obstinación. Por eso mismo, tampoco las discuten.
- (9) Preciso es señalar asimismo que ninguna prisión ideológica ni compromiso político lo frenaron para llevar a cabo las básicas medidas de justicia social que le otorgaron el sincero apoyo obrero y popular de que aún beneficia.
- (10) Por ejemplo, la Confederación General del Trabajo, instituida legalmente como la única central de trabajadores reconocida de hecho y de derecho como tal a nivel nacional.
- (11) Como los partidos políticos, durante grandes lapsos del primer peronismo o los grupos científico-académicos.
- (12) Este adjetivo, que parece banal o -si uno lo toma en serio- complicadísimo tiene en este caso, creo, una importancia a medio camino entre los dos extremos. En efecto, al referirme al poder político, aludo a instancias altamente relevantes, pero siempre limitadas. Digamos, las estructuras institucionales del estado (gobierno, fuerzas armadas, tribunales, policía, partidos políticos, etc.), con la salvedad de que el peronismo se ha caracterizado por incluir en el estado nuevas instituciones (la Iglesia, la ya mencionada C.G.T.) y neutralizar otras (los partidos y, hasta cierto punto, las instancias jurídicas). Volveré sobre este punto.
- (13) Estas circunstancias tienden naturalmente a situarlo, la mayor parte de las veces, en lo que llamarla un vago e inestable "centro" ideológico-político, pero se trata de una cuestión de hecho y no de una necesidad.
- (14) Con algunas adaptaciones indispensables, de orden sociológico e histórico, la hipótesis

que he planteado es, en mi opinión, aplicable al conjunto de los regímenes populistas, al menos a aquellos que han tenido o tienen vigencia en América Latina.